DAMA

BLANCA



© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Dama Blanca.

© Marta Martín Girón

Nº de registro: 1912302771320

Primera edición: enero 2020

Al amor de mi vida, Marcos Nieto Pallarés.

# Nota de la autora

Las conversaciones y las opiniones que se recogen en esta novela son parte de un escenario ficticio y son independientes a los criterios personales que pueda tener la autora.

# Prólogo

Tenía el pulso acelerado. Mantenía los cinco sentidos lejos de los recuerdos, lejos de los actos depravados que le obligaron a estar al volante a esas horas de la noche. Desde que tomó el último desvío no volvió a cruzarse con ningún vehículo. Transitaba en soledad una carretera secundaria que bien podría ser el camino al infierno. Su infierno.

Pensó en detenerse allí mismo, en mitad de un angosto carril carente de arcenes. Pero continuó; no podía arriesgarse. De cruzarse con alguien, la mala suerte podría hacer que el individuo parase a ofrecerle ayuda, que pensase que había pinchado o… No, no podía cometer ningún error.

 No, no podía cometer ningún error.

Siguió.

Conducía con la vista puesta en el ennegrecido y maltrecho pavimento, evitando mirar a sus costados. Los cultivos se extendían hasta donde sus sentidos podían alcanzar. Hectáreas de húmedos arrozales eran su única compañía y, aquella madrugada, la total ausencia de luz los teñía de tenebrosidad. Parecía como si la tierra se hubiese hundido, quedando en su lugar una oquedad sin límites definibles, un horizonte difuso al que por voluntad propia y sin un motivo de peso, nadie en su sano juicio querría acercarse.

Aquella noche, ni siquiera la luna quiso ser juez ni jurado de sus actos. Difusos destellos provenientes del agua estancada en los bastos y oscuros plantíos, advertían del aire que hacía fuera del habitáculo.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

Circuló varios kilómetros más sumiéndose en los pensamientos que no conseguía alejar, preguntándose una y otra vez si conseguiría olvidarse de aquello. Algo le decía que sí, que tenía la capacidad de no hacerse notar, de parecer un ser indefenso y bondadoso; a esas alturas, era consciente de ello.

Por suerte, conocía la zona; mientras su cerebro razonaba, su inconsciente gobernaba el timón de su rumbo. Había transitado aquella vía cientos de veces para ir a la playa con su familia.

Un monovolumen en sentido contrario y con las largas puestas, le hizo soltar el pie del acelerador. Instintivamente achinó los ojos para protegerse del deslumbre y le mandó una ráfaga de luces largas para recriminarle el descuido.

Volvía a encontrarse a solas con su objetivo.

Siguió conduciendo. El cuentakilómetros continuaba engrosando su cifra.

Una ínfima luz anaranjada se fue transformando, a medida que avanzaba, en una acumulación de puntitos brillantes adheridos al horizonte, señal inequívoca de estar cada vez más próximo al siguiente pueblo. Faltaba un trecho para llegar al desvío cuando giró a la derecha para tomar un camino de tierra que daba acceso a los cultivos. Lo transitó durante unos minutos, hasta que estimó encontrarse lo suficientemente lejos de la «carretera principal». Fue aminorando la velocidad hasta parar el coche. Quitó las luces y esperó en el interior hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Observó los alrededores antes de abandonarlo: penumbras. A simple vista, no distinguió la presencia de nadie, menos aún la de ningún otro vehículo. Agarró el volante con fuerza y se dejó caer contra él; la tensión y un extraño vigor recorría sus entrañas: tenía en su mano la capacidad de acabar con la vida de otra persona y no sentir remordimientos.

«Vamos. Termina lo que has empezado. Venga. —Alzó la cabeza y, una vez más, buscó una señal para abandonar su propósito. Su pulso latía acelerado—. Vamos, no hay nadie. Es imposible que alguien te vea.»

Abrió la puerta y la luz del habitáculo se encendió. Tuvo la sensación de estar exhibiendo su cuerpo desnudo en mitad de la Gran Vía de Madrid.

«Vamos, vamos…—se animó entre resoplidos—. Cuanto antes acabes, mejor.»

Puso el primer pie afuera. El tacto de la arena bajo la suela de su zapatilla le recordó su cometido.

«Debes terminar con esto y olvidarte de todo.»

Cerró la puerta y se dirigió a la trasera.

«Venga, ya está hecho. Cuando llegues a casa deberás actuar como si no hubiera pasado nada. Has de ser tan convincente, que hasta tú creas tus mentiras.

»En unos minutos todo habrá pasado.

»No hay nadie. No has dejado rastro.

»Y siendo como era… Tú no tienes la culpa de que haya acabo así. No has hecho nada malo, solo quitar de en medio a una putita.»